



Moria Mod

<http://moriomod.iespana.es/moriomod/>

Prólogo

"Han pasado ya cerca de cien largos años desde que advertí los planes de Sauron, que entonces se hacía llamar Annatar y aunque los Tres anillos se encuentran a salvo no creo que puedan permanecer ocultos por mucho tiempo porque él tiene el Único.

Ahora Sauron se dirige hacia aquí y tal vez no tengamos poder suficiente para derrotarlo... Aún recuerdo los días pasados, cuando el mundo era más joven y yo vivía en Nargothrond. Fueron días duros pero hermosos y el esplendor de los ejércitos de los Noldor es un recuerdo que nunca olvidaré... pero ahora ya no tenemos ese poder, aunque Gil-Galad nos envíe ayuda nada podremos contra Sauron. Las sombras parecen extenderse sobre la Tierra Media como ya hicieron antaño sobre Beleriand. Si todavía hay alguna esperanza esta es, sin duda alguna, destruir el Anillo Único.

Aunque Sauron solo nos enseñó lo que Él deseaba, aprendí mucho más, conocimientos que he mantenido en secreto y todavía no es llegado el momento de revelarlos. Conozco un conjuro, el conjuro para localizar los Grandes Anillos, incluido el Único. Puede que algún día esto sea útil, si es que alguien sobrevive al Oscuro"

*Del Diario de Celebrimbor
escrito en Ost-in-Edhil, Eregion
1695 de la Segunda Edad del Sol*

Celebrimbor y sus discípulos más cercanos se apresuran en las forjas secretas de Ost-in-Edhil, mientras Sauron se acerca cada vez más a Eregion. El vapor y el humo se elevan hacia las bóvedas mientras las paredes resplandecen con el rojizo brillo del fuego. El martillo suena sobre el yunque, Celebrimbor va dando forma a un delicado objeto mientras un elfo más joven le ayuda. Poco a poco va tomando forma: una delicada y pequeña llave, dorada por el oro y plateada por el Mithril. Celebrimbor la golpea suavemente mientras la sujeta con unas tenazas, sus compañeros funden el metal restante y le van dando forma. La llave está casi terminada. Celebrimbor se gira hacia otro elfo más joven, sin decir ni siquiera una palabra el joven aprendiz hace un gesto afirmativo con la cabeza y se va.

Momentos después regresa con un pequeño cofre en las manos. Lo abre. Celebrimbor mira en su interior y coje cuatro gemas. Tres pequeños brillantes verdes y un diamante rojizo. Entonces se vuelve otra vez de cara

a la llave. Sus discípulos, alrededor del yunque, le ayudan. El martillo suena de nuevo. El burbujeo del metal fundido cuando es vertido sobre la piedra. Se levanta una pequeña nube de humo. Los herreros se apartan, Celebrimbor se queda inmóvil ante el yunque. El silencio se hace incómodo. Levanta el brazo y algo brilla en su mano: *La Llave*, con sus cuatro gemas refleja la luz en todas direcciones.

Celebrimbor sonríe.

- *Casi hemos terminado. ¡Traed el libro!*

Dos de los herreros se retiran y vuelven sujetando un grueso tomo. Finas incrustaciones de metal recorren toda la cubierta del libro, hasta que convergen en una cerradura que impide que el libro sea abierto. Celebrimbor encaja la llave en la cerradura y la gira. Ningun sonido confirma que el libro haya sido abierto.



El herrero elfo, hijo de Curufin, levanta la tapa. Sobre el pergamino de la primera página puede leerse en escritura elfica:

«ԵՐԵՆԵՆԻ ԱՅ ԵԼԵԽԴԵՅ ԸԼ ԱԴԵՅ ԼԵԳՈՇԵԱՅ ԳԻՂԱԴԵՅ

Ե

ԵՂԴՇԻԼԵԸ ԸԼ ԺԳՂԱԳԵԸԴԱՐՈ

"Sobre la forja de los Grandes Anillos y el Conjuro de Localización"

El noldor mira durante unos momentos la página y después cierra el libro.

- *Marchaos y esperadme fuera; debo cerrar el libro.*

Los demás forjadores abandonan la sala y cierran la puerta tras de sí. Esperan largo rato en el pasillo, junto a la puerta. Algunas luces iluminan timidamente los muros, vacilantes, proyectando extrañas sombras sobre el techo. Tras largo rato la puerta se abre y Celebrimbor aparece llevando consigo el libro y la llave. Tiene un aspecto cansado. Uno de los herreros se dirige a él:



- *Maestro, parecéis cansado, ¿Queréis que os ayude?*

Celebrimbor no dice nada, está callado con la mirada fija en el suelo; al cabo de unos instantes responde:

- *No, no. No es necesario Flarathil. Toma, coge esta llave y cierra la forja. Cuando acabes devuelvemela, estaré en mis aposentos.*

- *Si Maestro.* -Respondió el joven eldar.







Celebrimbor y los demás herreros se retiraron. Flarathil se quedó quieto, ante la puerta: una puerta de hierro forjado, con bellas formas de plantas y dos grandes árboles. Abrió la puerta y tuvo que ahogar un grito. La forja, la gran forja de Ost-in-Edhil dónde Celebrimbor forjó los Tres Anillos y muchos de los anillos menores, la forja dónde los grandes herreros de Eregion forjaron maravillosas armas y fuertes yelmos, la gran forja que ardía con un fuego abrasador tanto de noche cómo de día... estaba apagada, completamente apagada. Era como si todo el fuego se hubiera consumido en un momento. Las paredes estaban grises, no quedaba ni rastro del brillo rojizo que desprendían las calderas, el humo que siempre se elevaba hasta la alta bóveda también había desaparecido. Sólo quedaba la piedra.

Flarathil cerró la puerta con llave y continuó por el pasillo. Nadie volvería a pisar nunca la forja.

Meses más tarde Celebrimbor hablaba con Flarathil, pero las circunstancias no eran las mismas:

- *Flarathil, de todos mis discípulos tu eres el más joven, pero el más sabio. Necesito que me ayudes, pues he cometido un gran error.*
- *Maestro,- respondió Flarathil - Has obrado bien, Sauron nos engañó a todos, pero ahora los Tres están a salvo y el libro y la llave han sido conducidos a manos seguras.*
- *No, escuchame. He escrito un diario, tómalo: en él se cuentan muchas cosas, incluso se habla del libro. Mi destino se acerca, lo puedo sentir, yo no debo guardar más el diario. Lo llevarás ...*
- *Pero Maestro, mi lugar...*
- *¡No me discutas! -interrumpió Celebrimbor- Tu lugar no está aquí. Yo debo luchar y subsanar mis errores. No temo por el libro, pues he puesto fuertes salvaguardas en él, pero temo por este diario y temo por tí. Coje el diario y toma también este anillo, puede protegerte del mal y vete lejos de aquí...*
- *Pero, ¿a dónde debo ir? ¿Hacia el Oeste? ¿A Lindon?*
- *¡No!, no vayas a Lindon. Cuando Sauron llegue allí, Gil-Galad también puede caer. Ve a Khazad-Dûm, quizá puedas llegar antes de que Sauron bloquee los pasos.*
- *Pero los naugrim nunca me dejarían entrar en sus mansiones, van a cerrar sus puertas hasta que todo haya pasado -replicó el joven herrero.*
- *¡Atiende!. Hay un grupo de enanos aquí, uno de ellos es amigo mio, un herrero de la estirpe de Durin. Esta noche emprenderán el camino hacia Khazad-Dûm. He hablado con él. Búscalos y ve con ellos. Rápido, el sol empieza a descender...*
- *¿Estáis seguro Maestro?*
- *¡El tiempo apremia!., protege este diario con tu vida y que éste anillo te proteja a ti del mal.*



Y así se separaron Celebrimbor y Flarathil, su aprendiz. El año 1697 Celebrimbor muere y desaparece el último Gran Herrero elfo. Eregion es una tierra asolada y los enanos cierran las puertas de Khazad-Dum. Flarathil y el Diario de Celebrimbor desaparecen enredados en los cuentos de la Tierra Media...

Recuperando Moria

Año 3007 de la Tercera Edad. Sauron se está recuperando y corren noticias de su fortalecimiento en Mordor. Hace tiempo que los Enanos huyeron de Khazad-Dum despues de que el temible Balrog despertara. Sin embargo, Sauron no le teme y no le importa arriesgar buena parte de sus tropas si con ello consigue asegurarse un camino rápido hacia las tierras del oeste.

Interesado en conseguir la ventaja estratégica que le daría disponer del paso de Moria envía a uno de sus nazgûl de confianza junto a un batallón de orcos para hacerse con el control. Sabe que no levantarán sospechas porque ya nadie se acerca por aquellos parajes.

No es difícil para el nazgûl someter a las criaturas de Moria. El Balrog parece que hace tiempo que no sale a la superficie y los trabajos de restauración y asentamiento van a buen ritmo. Consiguen acceder a los túneles más profundos de Moria y allí se encuentran los restos de la Gran Biblioteca. El nazgûl, buen conocedor de los escritos antiguos, abandona parte de su trabajo para investigar los restos que aún perduran.

Allí encuentra un Diario firmado por el mismísimo Celebrimbor, el último herrero elfo, el maestro forjador. En el Diario se habla de un Libro, un libro que encierra los misterios de la forja de los anillos y uno de los últimos descubrimientos del pueblo elfo: el Conjuro de Localización. Las notas son confusas pero puede que con ese hechizo el Único esté nuevamente al alcance de la mano del Oscuro. Cuenta el Diario que Celebrimbor cubrió de hechizos el Libro y creó una llave especial para protegerlo. Han pasado miles de años de aquello, pero aún se reconoce a los antepasados de Gondor en los nombres de los portadores. El Libro debe encontrarse en sus manos. Y, si su interpretación es correcta, la llave estará en poder de los pocos descendientes Maiar que queden en Minhiriath.

Esta información es vital para los planes de su Señor por lo que contacta con él y los espías de Sauron comienzan su trabajo. Meses después, el nazgûl es informado de que posiblemente se hayan localizado los dos herederos. Sauron le pide que envíe dos patrullas en busca del Libro y de la Llave y que reúna ambos objetos en la Torre Oscura de Azharel-Dor.

Esa misma noche, dos patrullas con dos Uruk-Hai al mando, salen desde Moria con rumbos opuestos.

En tierras de Gondor

Damathar llevaba en la Guardia de Dol Amroth desde hacía más años de los que podía recordar. Desde niño fue su destino por voluntad de Othar, su padre. Criado en la seguridad de su hogar, una pequeña granja en el Valle del Lefnui, supo enfrentarse a su futuro cuando Othar le pidió que se enrolara en la Guardia.

Nunca se arrepintió y llevó con orgullo el nombre de su familia a todas las batallas en las que se requerían sus habilidades con la espada, incluso llegó a luchar en las ahora olvidadas guerras contra la oscuridad. El valor y la destreza habían hecho de Damathar un Capitán muy apreciado en la ciudad. Sin embargo había llegado el momento de cambiar de rumbo.





Una voz interior le pedía salir de Palacio y buscar nuevos caminos, lejos de la tranquilidad que se había adueñado de la zona en los últimos años. Algo le decía que tanta paz no podía presagiar nada bueno y su instinto no le defraudaría.

Aquella tarde había recibido un extraño mensaje. Sólo una frase: “*Vuelve, tu hora ha llegado*”. Su padre jamás se había comunicado con él desde que partió hace ya demasiados años. No se lo reprochaba; él lo había educado desde niño con un solo objetivo y este objetivo estaba cumplido. Su lugar estaba en la granja, con su trabajo honrado y sus preocupaciones sencillas.

El regreso fue largo, más de lo que a Damathar le hubiera gustado. No hubo incidentes. Años de prosperidad habían hecho que los caminos de Gondor fueran un lugar bastante seguro, más aún para alguien con la corpulencia de Damathar. Pese a ello, él hubiera preferido avanzar más rápido, algo en su interior le decía que la cosas no andaban bien por la granja.

El mensaje de su padre era enigmático, pero Othar siempre se había comportado igual. Nunca hablaba de su pasado. De camino hacia el norte, Damathar recordaba sus años de infancia. Su padre pasaba horas encerradas en el sótano mientras el trigo germinaba en el campo o las reses pacían relajadas. Con el tiempo, Othar había ido abandonando el trabajo de la granja en favor de esas otras ocupaciones





suyas que no compartía con su hijo. En sus juegos de infancia siempre se veía entrando a hurtadillas en el sótano de su padre sorprendiéndolo realizando grandes proezas. Pero en realidad apenas si se había acercado una vez a la puerta y sólo había podido apreciar una oscura estantería llena de grandes volúmenes deslucidos por el tiempo.

Seguía Damathar jugando con sus recuerdos cuando abajo, al pie de las Ered Nimrais, las Montañas Blancas, divisó la granja de su padre. O al menos lo que en otro tiempo fue la granja de su padre.

La noche era cerrada y fría. Damathar estaba agotado después de todo el día cabalgando, pero la ansiedad daba fuerzas a sus músculos cansados y rápidamente recorrió el trecho que le separaba de su hogar. El fuego aún era vivo, los animales huían desesperados y el olor a quemado lo impregnaba todo. No se veía ningún indicio de vida.



De camino a la casa se asomó al establo. Apenas una mirada le bastó para comprobar que allí no había nadie, pero que aquel esperpento no había sido fruto de un accidente. Reconocía bien aquellas huellas de su participación en las guerras de los orcos. Los orcos, enemigos estúpidos pero implacables que disfrutaban con la sangre y que con ellos marcaban el territorio por el que pasaban. Al mando de alguien inteligente un batallón de orcos podía ser temible.

Ante la puerta de la casa cuatro cuerpos masacrados. Reconoció a Lini, y a Jasper, sirvientes fieles hasta el último suspiro. A la sombra de los escombros tomó forma un grupo de tres orcos. Uno todavía llevaba una antorcha encendida en la mano.

Damathar no pudo contenerse y salió de entre los árboles que aún lo mantenían oculto. Gritando y blandiendo la espada que refulgía con el brillo del fuego en la noche. La cabeza del primer trasgo cayó al suelo, mientras la sangre negra de la bestia goteaba por el filo de la espada. El segundo orco se abalanzó sobre Damathar brutalmente. Su hacha golpeó el robusto escudo del joven y se le escapó de la mano, un solo golpe de la hoja de Damathar acabó con su vida. El tercer y aterrorizado orco quiso huir corriendo, pero no tuvo oportunidad, el hacha de su compañero caído que Damathar había recogido se le había clavado en la espalda.

La puerta estaba desencajada y algunas llamas salían por las ventanas. El humo lo cubría todo y era difícil respirar. Volvió la cabeza para tomar una bocanada de aire y entoces los vió. No más de tres o cuatro orcos se alejaban en la oscuridad. Una sombra oscura como la noche los guiaba. El instinto le llevó a perseguirlos cuando escuchó un grito sordo que escapaba del interior. Sin pensarlo se arropo con la capa y traspasó la puerta. Era imposible que nadie pudiera sobrevivir a semejante infierno. El calor era asfixiante, trozos de madera ardiente se desprendían del techo y algunos muros empezaban a derrumbarse. El humo formaba una nube negra amenazando con remolinos que huían hacia las ventanas.

De repente, mientras el joven avanzaba agachado por el pasillo, un orco salió de una puerta y arremetió contra él. No se trataba de un vulgar goblin, sino de un gran orco, fuerte, muy grande y bien pertrechado. Llevaba un gran escudo y una



cimitarra de las que usan los de su raza. Damathar tuvo verdaderos problemas para deshacerse de él. Un certero tajo de su espada hizo retroceder al orco hasta una habitación en llamas, el fuego prendió rápidamente las vestiduras del gran trasgo y ardió como un árbol seco.

Damathar contempló por unos momentos el cadáver en llamas y apartó la vista. Las escaleras bajaban inquietantes hacia el sótano. Bajó de un solo salto y allí estaba su padre, tendido en el suelo, sangrando e inmovil con la espada cediendo en su mano. Sobre él, un gran orco, enorme, corpulento, con esos ojos henchidos de sangre que mostraban crudamente la maldad de la bestia.

Por unos momentos esa terrible visión paralizó a Damathar, pero ver el cuerpo de su padre ultrajado hizo enloquecer al gondoriano que cargó con todas sus fuerzas. La bestia dejó caer un pergamino que había arrebatado a Othar y salió huyendo precipitadamente. El horror y la impotencia pudieron con Damathar que se abrazó a su padre olvidando las bestias que escapaban.

Abrió el pergamino. En él, Othar había escrito algo con su habitual estilo enigmático.



"Si lees esto es que estaré muerto. Vienen hacia aquí, no se cuantos son pero ya se acercan. Vienen a por el Libro, pero no dudarán en matarnos o hacernos prisioneros. Busca mis libros, están escondidos en la casa. Buena suerte, hijo mío, ¡honra el nombre de tu padre!"

Damathar se recostó en el suelo y comenzó a respirar de forma entrecortada. Estaba desconcertado, no sabía que hacer, apenas entendía el pergamino. Quieto, con la mirada fija en el suelo, esperando despertar de esa horrible pesadilla...

Un crujido lo devolvió a la realidad, el techo se venía definitivamente abajo. Vigas ardientes y piedras caían sobre él. Damathar pudo salir por la puerta trasera, no tuvo tiempo ni para recoger el cuerpo de su padre. Fuera, se echó a tierra y lloró, sin importarle que alguien pudiera atacarlo o que los orcos pudieran volver. El cansancio se adueñó de su mente...

Despertó con los primeros rayos de sol. Algunas de las vacas que la noche anterior habían huido aterrorizadas pastaban por los prados que rodeaban lo que había sido la granja. En su lugar ahora sólo había montículos de piedras, maderos quemados y muros derrumbados, ennegrecidos por el fuego. Todo humeaba y apestaba. Damathar recordó el pergamino y se dispuso a buscar los libros de los que hablaba su padre. ¿Por dónde empezar? ¿Seguramente habrían sido consumidos por el fuego?

Mientras pensaba esto subió encima de lo que había sido la escalera al segundo piso y miró a su alrededor: la niebla lo cubría todo, oyó a su caballo a lo lejos pero no podía verlo. Miraba al horizonte, intentando distinguir la silueta de su córcel entre la espesa niebla cuando se fijó en algo: una de las vigas caídas ocultaba un



hueco en su interior. Golpeó la madera hasta que cedió y un gran trozo rodó escaleras abajo. El hueco dejaba ver un oscuro pasillo que descendía. Con valor, el gondoriano cogió un trozo de madera que aún quemaba a modo de antorcha y empezó el descenso. Era un pasillo estrecho, oscuro y húmedo. Al fin llegó abajo; el suelo era plano y alisado, el pasillo continuaba pero ya no descendía. Damathar avanzaba lenta y sigilosamente. De repente algo lo asustó: el pasillo hacia un giro de noventa grados y en la esquina había un goblin escondido. Sin duda había quedado atrapado por la noche. Damathar cayó al suelo. El goblin no iba armado y corría hacia arriba. El caballero soltó la antorcha y lo encalzó: un certero corte sesgó la vida del goblin.

Volvió a coger la antorcha. Su corazón todavía latía con fuerza cuando llegó al final del pasillo. Encendió una lámpara que colgaba del muro y pudo ver lo que tenía delante: una habitación espaciosa llena de estanterías con libros.

Othar había tenido una existencia extraña y su muerte le hacía justicia. No era normal el interés despertado por un pobre granjero en las fuerzas de la Oscuridad. Desde la última guerra, sus secuaces se hallaban confinados en las tierras del este y habían tenido que atravesar ciudades pobladas y bien defendidas para llegar hasta la granja. Algo muy extraño.

Sobre la mesa destacaba un libro con tapas azules. Empezó a leerlo.



"Soy Othar, descendiente directo de los Númenóreanos. Sobre mi familia ha recaído una noble tarea: proteger el Libro de Celebrimbor.

Entregado por los elfos de Eregion a mi antepasado, capitán de Númenor, que desembarcó en Lindon para combatir a Sauron, el Señor Oscuro.

Sauron fue vencido, pero no destruido y mi estirpe debe proteger el libro hasta que llegué en el momento que sea necesario."

¡Descendiente de Númenóreanos! - Se dijo Damathar, que no daba crédito a lo que leía. Eso significaba mucho para él. En Dol Amroth había leído y escuchado relatos de esos altos hombres del oeste, que tuvieron gran poder y fueron engañados por Sauron. De cómo algunos, los fieles, habían vuelto a la Tierra Media; y de Ísildur y Elendil y del Anillo. El Anillo... Damathar continuó leyendo:

"El libro de Celebrimbor versa sobre el conocimiento de los Anillos del Poder y habríamos fracasado en nuestra misión si cayera en manos del enemigo."



Luego su padre había escrito relatos de la Segunda Edad, de los hombres de Gondor y Arnor y de los elfos. Había escrito sobre orcos y goblins, sobre trolls y corsarios y sobre su propio linaje. El libro seguía:

"Mi hijo es joven, pero ya veo en él a un auténtico Númenoreano. Voy a enviarlo a Dol Amroth. Allí aprenderá el arte de la armas mejor de lo que yo podría enseñarle. Conozco al Señor de Dol Amroth, cuidará bien de él, con firmeza, pero bien. Él debe estar entre guerreros y no en la granja. Debe prepararse para el día que tenga que proteger el Libro, y presiento que ese día se acerca."

Varias páginas seguían a esa, se contaban noticias de las guerras y de la Sombra del Este. Finalmente en la última página escrita con tinta más reciente, se leía:

"Hijo, soy viejo y no puedo seguir con mi tarea. Cuando leas este libro habrás vuelto a la granja y yo estaré muerto o poco me faltará. Debes proteger el Libro de Celebrimbor con tu vida, y debes hacer que tus descendientes conozcan la misión y la continúen. De este libro puede depender el destino de la Tierra Media."

Damathar leyó las últimas palabras y cerró el libro. Empezó a buscar entre los estantes y los libros del suelo. Nada, el Libro de Celebrimbor no estaba allí y solo había una explicación: se lo habían llevado los orcos. ¿Porqué si no se habrían ido tan rápido y sin presentar batalla?

Despacio, salió al exterior. El sol ya empezaba a calentar desde una posición alta. Damathar llamó a su caballo.

Solo una idea se abría paso fuertemente en su interior: encontrar los orcos, recuperar el libro y vengar a su padre. Se había despertado en él ese ferreo espíritu que caracterizaba a los Númenoreanos. Con esta decisión empezó a cabalgar hacia el Norte lo más rápido posible.

Luz y oscuridad

Una ligera brisa balanceaba las hojas de los sauces bajo un agradable sol en Minhiriath. Era un hermoso día y Melian, llamada así en honor a la Maiar, llevaba un cubo de agua, mientras su cabellera ondeaba en el aire.

Su madre estaba en la casa, una pequeña casa de piedra, de una sola planta, rodeada de árboles. Melian dejó el cubo en el suelo, al lado del fuego, y sin decir nada se sentó y se quedó allí, observando a su madre. Como ella misma, era un ser de gran belleza, alta, con los ojos azules y los cabellos dorados. Melian, siempre dudó sobre la naturaleza de su madre: cualquiera la podría haber confundido con un elfo, pero mirándola, a veces, parecía ciertamente una mujer mortal.

Melian nunca lo preguntó, como nunca preguntó sobre su padre. Por lo que sabía, él era un elfo; un Alto Elfo de Occidente. Había regresado a la Tierra Media durante la Primera Edad y permaneció allí hasta poco después del nacimiento de Melian. Al parecer fue él quien escogió su nombre. Cuando ella todavía era un bebé regresó a Occidente. Desde entonces su madre había cuidado de ella, pero a menudo, durante las noches, se sentaba fuera en un banco y miraba hacía el Oeste, hacía las estrellas.

A veces recibían la visita de otros elfos, amigos de su madre o compañeros de su padre. Salvo estas contadas ocasiones, nada rompía la tranquilidad de la casa.

- ¡Melian! ¿Puedes traerme más agua? - Dijo su madre, sacando a Melian de sus pensamientos.

- Ahora voy. - Contestó la joven agarrando el cubo despreocupadamente.



Mientras se agachaba para llenar el cubo una hoja cayó sobre el agua. La cogió y entre sus manos la hoja brilló con una luz verde intensa hasta que el viento se la llevó. Melian sonrió. Desde siempre había tenido habilidades para la magia y se divertía con ello. Su madre le había dicho muchas veces que no lo hiciera, pero Melian no creía que fuera peligroso. Llevó otra vez el cubo hacía la casa.

Cuando el sol se ocultaba a lo lejos y toda la llanura se llenaba con las últimas luces del día, Melian se acurrucó en el banco, junto a su madre. Estaba muy callada y Melian se extrañó.

- ¿Te preocupa algo, madre?

Su madre se giró hacía ella y le sonrió.

- No te sabría decir. Tengo una sensación extraña. Mejor vayamos a cenar.



Melian salió para cerrar la puerta y se quedó unos minutos mirando las estrellas. Pensaba en algunos cuentos que le habían contado los elfos, en Varda, la Señora de las Estrellas y en el Occidente, de dónde había partido su padre.

Un grito lejano la asustó. Era un grito gutural, bestial y malvado. Su madre apareció inmediatamente en la puerta.

- *¿Qué ha sido eso, madre?*

No le respondió; miraba a un lado y a otro, buscando algo. Luego se giró hacia ella.

- *Melian, hija mia, escuchame bien. ¿Recuerdas cuando te hablaba de Eregion, y de los elfos noldor y de Celebrimbor?*

Melian hizo un gesto afirmativo.

- *¿Y recuerdas cuando te hablaba de los orcos y los Anillos y de Sauron?*

- *Si, madre.* -Dijo Melian con preocupación. - *¿Pero porque me dices esto? ¿Que ha sido ese grito?*

- *Presta atención, debes recordar también que te hablé de un libro y de una llave, toma esto.*

Su madre se quitó una fina cadena de oro que llevaba en el cuello. Enlazada en la cadena había una pequeña llave plateada, con gemas rojas y verdes. La puso alrededor del cuello de Melian.

- *Madre! - exclamó.- ¿Que está pasando?*

- *Tranquila hija, todo saldrá bien. Toma esto también.* - Le dijo mientras le daba un pequeño anillo dorado con dibujos azules - *Este anillo era de tu padre, guardalo bien y ahora escóndete en el pozo. Toma tu vara. ¡Si algo sale mal busca a Gildor!. ¡Rápido!.*



Melian salió corriendo, sin discutir, estaba asustada. Se fué hacia el pozo, un viejo pozo seco dónde solía esconderse de pequeña. Dejó caer la vara de madera que provocó un ruido seco y se giró antes de bajar agarrándose a la cuerda.

Su madre estaba de pie en el umbral de la casa. Parecía brillar con luz propia. Una luz entre la oscuridad. Cuando Melian ya estaba deslizándose hacia el interior, algo apareció entre los árboles al otro lado del jardín. Una criatura monstruosa y bestial, oscura. Sus ojos ardían con un fuego rojo. Melian no vio nada más, el roce de la cuerda deslizándose era casi imperceptible, luego oyó a su madre:

- *¡Vete, espíritu oscuro! No interrumpirás la paz de este lugar.*

Melian llegó al fondo del pozo. Las losas estaban frias y húmedas. Cogió su vara y, a gatas, recorrió el pequeño pasillo que unía el fondo del pozo con una pequeña cámara de piedra. Se quedó sentada allí, apoyada en la pared.

Se oyeron unos gritos, y después vio una luz blanca muy brillante, que proyectó sombras hasta en el fondo del pozo. Entonces llegó el silencio y la oscuridad.



Melian se despertó y miró a su alrededor. Estaba en la cámara del viejo pozo. Recordó lo ocurrido la noche pasada. ¿Había sido un sueño? ¿Había quedado dormida mientras leía en el pozo?

Salió y se agarró a la cuerda. Subió lentamente hasta arriba. Al asomar la cabeza entre las piedras del pozo se dio cuenta de que no había soñado nada. El sol se elevaba por encima de los lejanos picos de la Montañas Nubladas iluminando un oscuro paisaje. Cinco orcos yacía muertos sobre la hierba, sin ninguna marcas aparentes de violencia. Múltiples pisadas demostraban el paso de un gran número de botas por el jardín.

Melian se giró hacia el umbral y cayó en la desesperación. Su madre estaba tendida en el suelo, sin dar señales de vida. Se acercó lentamente, llorando, y se agachó junto al cuerpo. Su madre no parecía muerta. Conservaba toda su belleza. Sin ninguna herida. Era cómo si la esencia de su madre, su espíritu, hubiera abandonado su cuerpo. Y así era, el espíritu de su madre había vuelto al lejano Occidente.

Su madre se había sacrificado para protegerla. A ella y a esa pequeña llave que ahora colgaba entre sus ropas. Se sentía sola, desamparada, no sabía que hacer ni adonde ir, hasta que las palabras de su madre volvieron a su mente: "*¡Busca a Gildor!*". Pero, ¿Dónde, podía encontrar a Gildor, el elfo?

Melian se sentó y pensó. Hacia el Este, si, hacia allí debía dirigirse para encontrar a Gildor.

Cubrió a su madre con la tierra que había sido su hogar. Una oración sencilla y unas diminutas flores era todo lo que ella necesitaba. Su espíritu ya no yacía allí. Antes de que el sol llegara a mediodía cogió sus cosas, un pequeño castrado y emprendió el camino hacia el Este. Buscaría a Gildor, pero aquellos ojos rojos no se le olvidarían nunca. La bestia seguiría su camino pero Melian daría con ella, un grupo de orcos no podía pasar desapercibido en su huida. Además no habían conseguido lo que buscaban, tal vez pronto tendría que volver a enfrentarse con ellos.

El Último Puente

Era una posada conocida en buena parte de Cardolan. No eran pocos los aventureros que iniciaban su viaje sin retorno en 'El Último Puente'. Se encontraba en las afueras de Tharbad, la capital, a orillas del río Gwathlo en la confluencia con el El Gran Camino del Sur que seguía llevando a las gentes hacia las tierras de Gondor.

No lejos de allí se encontraban los pantanos de Nîn-en-Eilph a los que nadie se acercaba voluntariamente. No tanto por temor a los pantanos sino por el antiguo camino que siguiendo las aguas del Glanduin llevaban hasta la temida Moria.

Era el último refugio de la civilización antes de adentrarse en sombríos caminos. Antaño era frecuente encontrarse algún bardo que pasaba varias semanas en la posada recogiendo historias que luego iba cantando por todas las ciudades. En estos días incluso esa profesión se había vuelto demasiado peligrosa.





Y sólo algún enano nostálgico de la grandeza de su antigua Khazad Dûm se atrevía a vagar por estos parajes. Elglar, el posadero que con más voluntad que acierto, dirigía la posada que su familia le había transmitido de generación en generación, hacía tiempo que se planteaba abandonarlo todo. Seguramente sería más fácil empezar de nuevo en otro lugar. Tal vez Gondor fuera más tranquilo...

Las patrullas de orcos habrían tenido que dar un rodeo para no encontrarse con la posada. Un camino más tortuoso pero no excesivamente difícil para la natural habilidad de un orco. Tharbad era un lugar demasiado peligroso para un grupo pequeño de estas bestias. Sin embargo, la posada era un lugar tentador.

- *Es noche cerrada y por aquí no aparece nadie.* – bramó Glofror, un corpulento enano cuyos días de gloria hacía tiempo que habían pasado. Le gustaba beber y contar historias. Fabulosas leyendas sobre su añorada Khazad Dûm que, según él, algún día volvería a pertenecer al pueblo de Durin. – *Otro día más que tendremos que vaciar el barril solos...*

- *Esto no tiene futuro, Glofror. ¿Quién arriesgaría su vida por estos caminos? No hay carretas, no hay soldados,... solo ladrones. Y ahora esas malditas bestias de las que todos hablan... ¡que los abismos se lleven sus entrañas!* – respondió Elglar nervioso.





Glofror era algo más que un cliente para él. Hacía semanas que paraba en la posada y no era la primera vez. Él le soportaba compasivo alguna exageración sobre sus hazañas y a cambio el enano le hacía compañía.

Un grito estremecedor llenó la noche. El rostro de Glofror cambió de repente. Dejó de ser ese enano amable con ganas de hacer amigos para convertirse en una fría mirada que se dirigía hacia la ventana más cercana. No hubo tiempo para nada. Las bestias se acercaban en manada y Glofror saltó hacia la puerta de la posada.

- *¡Quédate aquí Elglar!. Coge un bastón, algo que pueda servirte de arma, pero ni se te ocurra salir ahí fuera.* – dijo con autoridad. Elglar pensó que tal vez Glofror no había exagerado con sus aventuras tantas veces como él creía. No pensaba salir. El miedo lo tenía paralizado.

El enano agarró su escudo y empuñó su vieja hacha. Con resolución se perdió en la oscuridad..